

Proletarización y militancia fabril del PRT – La Verdad (1968 – 1972)

Mangiantini, Martín

ISP Joaquín V González

Revista Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda

Palabras claves: Trotskismo, Proletarización y Inserción fabril.

Bajo el impacto de la Revolución Cubana y de fenómenos de masas tales como las movilizaciones contra la guerra de Vietnam o la radicalización del movimiento estudiantil mundial, desde mediados de la década de 1960 se experimentó en Argentina el nacimiento de un considerable número de organizaciones revolucionarias posicionadas como alternativas ubicadas a la izquierda del ya existente socialismo y comunismo vernáculo. Como parte de este abanico de agrupamientos se destacó también la presencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (en adelante, PRT), organización que operó unificada entre los años 1965 y 1968. Éste surgió como producto de la fusión entre dos trayectorias divergentes. Por un lado, el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP), fundado en 1961 y dirigido por los hermanos Santucho. Por otro lado, se encontraba la tendencia trotskista encabezada por Nahuel Moreno que, al momento de la fusión con el FRIP, adoptaba el nombre de Palabra Obrera. Sin embargo, en 1968, experimentó un proceso de diferenciación interna que desembocó en la ruptura de la organización en dos estructuras diversas. Por un lado, el PRT – El Combatiente (liderado por Mario Roberto Santucho, entre otros dirigentes), que luego desembocó en el PRT – ERP; por otro lado, el PRT – La Verdad (PRT – LV), bajo la dirección de Nahuel Moreno. Si bien esta ruptura estuvo determinada por diversas tensiones ya preexistentes en el seno

de su dirección, su principal motivación recayó en el debate acaecido en torno al tipo de estructura política a construir, en las metodologías de inserción de tal organización entre los sectores trabajadores y, principalmente, en la viabilidad estratégica de la utilización de la lucha armada en el contexto argentino por entonces vigente.

El objetivo del presente trabajo es analizar al PRT – LV, a partir del momento de la ruptura antes descrita, específicamente en lo pertinente a su experiencia de inserción en la clase obrera durante los siguientes cuatro años en el marco de un período fundamental en la historia social y política argentina. Se trató de la coyuntura abierta por el *Cordobazo*, signada por el ascenso en la conflictividad obrera, la radicalización político-ideológica, la emergencia del llamado clasismo y el inicio de una crisis orgánica que puso en jaque a la estructura económico-social argentina. En este marco, la militancia obrera del PRT – LV es una temática escasamente explorada por la historiografía sobre las organizaciones revolucionarias más allá de ciertas referencias colaterales o introductorias pero su abordaje permite una mejor comprensión de la convulsionada coyuntura de finales de los sesenta y principios de los setenta y de la relación existente, en este contexto, entre la vanguardia obrera y las organizaciones revolucionarias que habitaban en su seno.

Cuantificar el grado de inserción que tuvo el PRT – LV en el seno de la clase obrera, presenta diversas dificultades dado que, tal política, se desarrolló en el marco de una coyuntura represiva que obligó a esta organización a un funcionamiento con metodologías propias de una práctica militante clandestina. Por otro lado, un elemento que dificulta la cuantificación en torno al grado de influencia de una organización revolucionaria en este período recae en la existencia de una clase obrera que, en un porcentaje amplio, autodefinía su identidad política con un anclaje en el peronismo. Ello puede llevar a conclusiones erróneas dado que el bagaje conceptual y metodológico que la izquierda revolucionaria argentina logró desarrollar dentro de la clase obrera en esta coyuntura aparece como un elemento determinante dentro de los rasgos característicos concretos de este sujeto social. Metodologías propias de la democracia obrera, el fenómeno del clasismo y la radicalización de los conflictos con prácticas como las tomas de fábricas o las huelgas de larga duración, dieron cuenta de una retroalimentación entre la izquierda revolucionaria y la clase obrera que iba más allá de la filiación identitaria (o electoral) de esta última. En relación

con ello, el PRT – LV fue una de las expresiones políticas existentes dentro de esta clase y es uno de los ejemplos del grado de radicalización de este sujeto en una coyuntura en la que parte de su vanguardia viró hacia posiciones de ruptura con el sistema capitalista, con las alianzas policlasistas y con las estructuras sindicales burocratizadas.

I

La ruptura del PRT conllevó una importancia determinante para la comprensión de la estrategia que, con posterioridad, adoptó el PRT - LV dado que esta discusión supuso una reelaboración de los paradigmas organizativos a poner en práctica y la decisión de un profundo vuelco organizacional de su militancia en el seno de la clase obrera y en sus organismos de lucha. En este sentido, una de las polémicas que atravesó el debate en el PRT recayó en la caracterización en torno al sujeto que protagonizaría la transformación radical de la sociedad y en el que una organización revolucionaria debía insertarse y pugnar por su dirección. La tendencia encabezada por Moreno rechazó como precepto el paradigma *guevarista* impuesto tras el triunfo de la Revolución Cubana según el cual el campesinado se convertía en el sujeto revolucionario prioritario dado que era el actor que mejor se adecuaba a la táctica de la guerra de guerrillas a partir de la premisa que indicaba la necesidad de una dirección revolucionaria refugiada en el espacio geográfico agrario y a resguardo de la represión y la reacción. El sector dirigido por los hermanos Santucho adaptó tal paradigma a la realidad argentina y afirmó que, en este caso, el proletariado azucarero y rural del norte del país sería la vanguardia dentro de la clase obrera pero que, tales sectores estarían condenados al fracaso sin el respaldo de un ejército revolucionario estratégicamente instalado en el campo dado que el accionar represivo estatal limitaba las posibilidades de éxito de los movimientos de masas urbanos tales como las luchas fabriles o barriales (Santucho, Prada y Prieto, 1968: 81). Ante esto, la facción que posteriormente conformaría el PRT - LV cuestionó el dogma campesino por tratarse de un esquema cerrado e inamovible y alertó sobre el peligro de que tal concepción ignorara el protagonismo de masas urbano y obrero existente en diversas experiencias históricas (Moreno, 1964: 14 y 22).

Esta advertencia se imbricó con el análisis de la coyuntura mundial existente. En ella, la radicalización obrera y juvenil que significaron diversos procesos

acaecidos entre los años 1967 y 1969, tales como el *Mayo Francés*, la *Primavera de Praga*, la rebelión estudiantil mexicana o las masivas protestas juveniles contra la guerra de Vietnam, pusieron de manifiesto el retorno a las acciones de masas que tuvieron tanto al proletariado como a una juventud radicalizada como protagonistas. En esta coyuntura, la tendencia liderada por Moreno pronosticó la apertura, a nivel mundial, de una combinación de diversos métodos de lucha y formas organizativas⁷⁰ e identificó un posible viraje en los métodos de enfrentamiento al sistema capitalista a partir de la probable transformación de las manifestaciones multitudinarias y desorganizadas en huelgas parciales o generales con características insurreccionales o preinsurreccionales⁷¹.

Este debate se relacionó con el análisis particular de la coyuntura argentina en un marco en el que aún no se visualizaba el inicio de una descomposición acelerada del gobierno iniciado con el golpe de Estado de 1966. En relación con ello, una polémica central en el seno de la dirección del PRT recayó en la caracterización sobre el papel del movimiento obrero en una etapa signada por su retroceso y por la relativa estabilidad del régimen militar⁷². La facción que conformaría el PRT - LV argumentó que se trataba de una coyuntura defensiva y de luchas parciales de la clase obrera contra una burguesía que, en concordancia con el proyecto estatal, se lanzó a arrebatarle las conquistas laborales y organizativas antes obtenidas. Para esta corriente, las conquistas más temidas por la burguesía eran los Cuerpos de Delegados y las Comisiones Internas y, por ello, la principal consigna de la etapa recaía en la defensa de estos organismos de la clase obrera como así también de los sindicatos y de la CGT de todo tipo de ataque por parte del Estado y de las patronales⁷³. A tal premisa, la tendencia posteriormente convertida en el PRT – El Combatiente rebatió con el argumento que afirmaba que estos organismos de la clase obrera gozaban de un carácter escasamente combativo y clasista por lo que se imponía la necesidad de formas de organización y métodos de lucha superadores y no

⁷⁰ “Informe Internacional”. Comité Central del PRT-LV, Marzo de 1969, p. 3.

⁷¹ “Proyecto de tesis sobre la situación latinoamericana”. Comité Central del PRT-LV, Julio de 1969, p. 1.

⁷² “Tesis sobre situación nacional”. Comité Central del PRT, Mayo de 1967, p. 2.

⁷³ “Una tendencia ultraizquierdista” [Firmado por “NM” – Nahuel Moreno]. Comité Central del PRT, Agosto de 1967, pp. 7-8.

la recuperación y defensa de los ya existentes⁷⁴. Según esta línea, la recomposición obrera se produciría a partir de la resistencia armada y mediante la creación de nuevos organismos tales como las comisiones de resistencia o los sindicatos revolucionarios dado que los viejos órganos de representación eran incapaces de llevar esta política a la práctica. En definitiva, si el enfrentamiento al régimen se produciría a partir de métodos armados deberían crearse, en consecuencia, los organismos necesarios para efectuar tales acciones⁷⁵.

En respuesta a ello, la corriente encabezada por Moreno afirmó que los viejos organismos de la clase obrera podrían aplicar nuevos métodos de lucha y viceversa, razón por la cual, la equiparación de los órganos sindicales existentes a una metodología indefectiblemente reformista se transformaba en un considerable error⁷⁶. Paralelamente, alertó sobre aquellas organizaciones que despreciaban la importancia tanto de las consignas mínimas y de transición para la movilización de los trabajadores como así también la inserción que un partido revolucionario debía forjar en los organismos tradicionales del movimiento de masas. Sin embargo, al mismo tiempo, se advertía sobre la necesidad de no realizar un fetiche de los organismos ya existentes y, si el ascenso obrero lo permitía, pugnar por el surgimiento de formas organizativas superiores en combinación con las anteriores. En definitiva, desarrollar e identificar las nuevas formas organizativas de las masas era la tarea central de un partido revolucionario. El peligro recaería en imponer instancias organizativas ficticias y ajenas a las ya creadas por el movimiento de masas⁷⁷. Esta posición se convirtió en el eje central de la discusión del PRT dado que, desde la concepción del posterior PRT - LV, la creación de un ejército guerrillero era un intento de forjar una estructura artificial que despreciaba a las organizaciones existentes y que, al mismo tiempo, le planteaba la necesidad de armarse, no a las masas en sí, sino a una vanguardia ya movilizada con otros métodos (Moreno, 1989: 24).

⁷⁴ “Proyecto de anexo acerca de las modificaciones propuestas a las tesis nacionales” [Firmado por Juan Candela – pseudónimo de Helios Prieto]. Comité Central del PRT, Agosto de 1967, pp. 2-3.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 5.

⁷⁶ “Una tendencia ultraizquierdista”. *Op. Cit.*, p. 5.

⁷⁷ “Proyecto de tesis sobre la situación latinoamericana”. *Op. Cit.*, pp. 8-9

En la práctica, para la tendencia dirigida por Moreno, la ruptura del PRT significó un profundo golpe que se manifestó con la migración de cuadros históricos y de jerarquía de la organización que se sumaron a las filas de los hermanos Santucho como así también en la pérdida prácticamente íntegra de regionales de peso como Córdoba, Tucumán y el Litoral. El flamante PRT – LV mantuvo su estructura casi intacta en el Gran Buenos Aires (con mayor fortaleza en la zona Norte) y en la región de La Plata, Berisso y Ensenada manteniendo una estructura con una cifra inferior a los 300 militantes.

A partir de diversos conflictos acaecidos en 1968, este partido vislumbró la apertura de una etapa que ubicaría al movimiento obrero y urbano a la cabeza de las luchas a través de sus métodos tradicionales (como las huelgas y tomas de fábrica) en combinación con otros nuevos (González, 1999: 283-284) y, en concordancia con ello, comenzó su reconstrucción tras reafirmar el paradigma organizativo partidario leninista, pugnar por la penetración en el proletariado a partir de la participación en sus movilizaciones y, paralelamente, presentarse como alternativa de dirección de sus organismos ya existentes. En relación con ello, se planteó como premisa que un partido revolucionario no debía posicionarse por sobre los organismos que las propias masas se daban (como, por ejemplo, las comisiones internas y cuerpos de delegados) sino pugnar por su inserción en ellos a partir del esbozo de aquellas reivindicaciones que fueran capaces de colaborar con la elevación de las luchas existentes (Moreno, 1973: s/p).

Esta concepción se reafirmó y profundizó a partir del estallido del *Cordobazo* en 1969 y del cambio coyuntural que implicó. Este partido caracterizó que esta insurrección generó en Argentina una situación prerrevolucionaria lo que se justificó con la visualización de cuatro características identificadas en la coyuntura política iniciada luego de este hecho. En primer lugar, la presencia de una situación de inestabilidad de los sectores burgueses que comenzaban a mostrar disputas entre sí de un modo más álgido. En segundo orden, la creciente oposición al gobierno de una pequeña-burguesía radicalizada. Por otra parte, la disposición para la lucha del movimiento obrero demostrada en la contundencia de las huelgas generales y, por último, el surgimiento de una vanguardia estudiantil y obrera, ya revolucionaria o con tendencias a adquirir posiciones de esa índole, dispuesta al enfrentamiento contra el gobierno y a la formación durante los conflictos de embriones de nuevas direcciones y organizaciones de masas

que reflejaban la incipiente unidad obrero-estudiantil ⁷⁸. Según este análisis, la etapa prerrevolucionaria podría derivar en un retorno a una nueva estabilidad del régimen, o bien, hacia una situación revolucionaria (Moreno, 1997: 68). Desde esta perspectiva, si el *Cordobazo* no produjo la caída definitiva del régimen, su causa fue el retraso en la formación de una dirección clasista y en la conservación por parte de la burocracia sindical del dominio de los organismos de masas lo que impidió que la clase obrera gestara un cambio radical en la relación de fuerzas. Para esta corriente, las bases obreras compartían estas posturas pero ellas aún se expresaban más como un repudio y desprestigio de la burocracia sindical que en el reconocimiento y conformación de nuevas direcciones clasistas⁷⁹. Sobre esta base, este partido reafirmó como tareas centrales la conquista de los cuerpos de delegados y comisiones internas de fábrica y un fortalecimiento como organización ligado a esta línea ⁸⁰. Tal determinación implicó la necesidad de reestructurar un partido político mermado por la ruptura preexistente a partir de la puesta en práctica de una diversidad de estrategias con la pretensión de insertarse en el movimiento obrero, en sus organismos de lucha y en su conflictividad.

II

En la búsqueda de conformar un partido revolucionario cuya composición central fuera una militancia mayormente proletaria y, paralelamente, a partir del objetivo de erigirse como dirección reconocida de los organismos de masas, el PRT - LV desarrolló diversas estrategias. El método inicial utilizado en su objetivo de reinserción en la clase obrera sería la denominada *peinada* que consistió en la búsqueda de entablar relaciones individuales con su vanguardia y forjar una red de contactos de la organización ⁸¹. Su aplicación conllevó dos modalidades. Por un lado, la relación de la militancia partidaria con los trabajadores fabriles de base, prioritariamente a partir del diálogo en torno a las problemáticas cotidianas propias de su ámbito laboral para luego, paulatinamente,

⁷⁸ “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales” [Firmado por “NM” – Nahuel Moreno]. Comité Central del PRT-LV, Junio de 1969, p. 1.

⁷⁹ “1969”. Comité Central del PRT-LV, 1969, p. 2.

⁸⁰ “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales”. *Op. Cit.*, pp. 7-8.

⁸¹ “Informe de actividades”. Comité Central del PRT-LV, Julio de 1969, p. 1.

profundizar tal relación a partir de un vínculo de mayor contenido político y, por otro lado, la concurrencia a las fábricas para entrevistarse con sus delegados e interiorizarse de sus reivindicaciones, realizar un padrón acabado sobre la estructura fabril de cada espacio laboral y trazar una caracterización sobre la situación interna de cada ámbito de trabajo para, sobre esa base, ponderar los espacios de inserción de la militancia.⁸²

Simultáneamente, la estrategia más paradigmática de inserción recayó en la *proletarización* del partido. Ella consistió en que una porción considerable de su militancia se insertara en los espacios fabriles a partir del ingreso laboral a diversos establecimientos y, una vez concretado ello, lograra una integración tanto al mundo del trabajo como a la cotidianeidad y a los espacios de sociabilidad de la clase obrera. Esta estrategia conllevó un fenómeno dialéctico para la organización: la paulatina transformación de diversos obreros en dirigentes partidarios y, simultáneamente, la consolidación de distintos cuadros partidarios como representantes del movimiento obrero .

Una vez impulsadas, las estrategias de la peinada y la proletarización se arraigaron con fortaleza en el seno de la militancia partidaria construyendo un imaginario interno. En este sentido, son paradigmáticas ciertas historias que circulaban entre la militancia con respecto a la trayectoria de la propia corriente y de la tenacidad para lograr una inserción política por parte de algunos de sus dirigentes fundadores:

(...) había una multiplicidad de formas de llegar y una idea que se tomaba de viejas tradiciones de que no era imposible entrar a ninguna fábrica si se trabajaba con paciencia. Una anécdota que circulaba del Vasco Bengochea, de una fábrica textil, Alpargatas debía ser, que era de miles y miles y no había forma de entrar, porque además eran todas mujeres, no se podía volantar porque te echaban a la mierda, querías parar a las compañeras para hablar y no te daban bola porque eras tipo, entonces Bengochea fue y se descompuso frente a la puerta, entonces fueron las compañeras, lo cuidaron, llamaron a la ambulancia, entonces a partir de ahí hizo contacto y relaciones con 2 ó 3, después él volvió a agradecerles. Se contaba eso siempre como ejemplo de que no había forma de no entrar a una fábrica⁸³.

⁸² “Informe de actividades”. Comité Central del PRT-LV, 1970, p. 2.

⁸³ Entrevista a Aldo Casas hecha por el autor, septiembre de 2012.

En una línea similar, se destaca un documento interno de la organización que circuló entre sus miembros y que aparece como paradigma de inserción de un militante partidario en un ámbito como la fábrica de neumáticos Pirelli. En dicho texto se reivindicaba que dicho militante se asimilaba al trabajo y a la gente de la empresa a partir de la ayuda a los nuevos obreros que entraban a la planta, su colaboración con otros compañeros en sus tareas, la participación en las charlas y discusiones cotidianas de los obreros, su preocupación por los problemas de sus pares (tales como familiares enfermos, sus relaciones personales, etc.). En definitiva, se presentaba como paradigma de militante proletariado a aquel sujeto inserto entre sus pares que daba respuestas a las diversas problemáticas que surgieran, tanto laborales como personales, lo que le posibilitaba poner en práctica una labor educativa y un respeto personal por parte de sus compañeros⁸⁴. Tanto la anécdota de Alpargatas como el ejemplo de Pirelli dan cuenta de un discurso e imaginario interno que circulaba entre la militancia partidaria relacionado con la moral y la tenacidad que suponía el proceso de proletarianización. Es escasamente relevante la comprobación en torno al grado de veracidad de tales experiencias o el análisis sobre cómo estas historias fueron tomando un significado diverso y complejizándose con el paso del tiempo, pero ellas son sintomáticas de aquellas actitudes que se identificaban como valiosas para aquel miembro partidario que se volcaba a la militancia obrera y como ejemplo del perfil que se esperaba de él.

Una vez puesta en práctica, la proletarianización conllevó, en determinados casos, dos tipos de dificultades que obstaculizaban la real inserción fabril. Una de ellas recayó en aquellos militantes que fueron absorbidos en sus tiempos por las tareas laborales cotidianas y ello les impedía elevarse al rol de activistas dentro de la fábrica y establecer un diálogo político con sus pares. La otra problemática recayó en aquellos activistas que, en la búsqueda de erigirse rápidamente como dirigentes político-sindicales, adoptaron posiciones y encabezaron acciones alejadas del nivel de conciencia y del grado de construcción desarrollado por parte de las bases obreras lo que trajo aparejada una brecha con respecto a aquellos sectores que se pretendía dirigir y el aislamiento o la exposición de estos cuadros a merced de las sanciones de las empresas o de las propias dirigencias sindicales burocratizadas⁸⁵.

⁸⁴ “Proletarianizaciones”. Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1970, p. 1.

⁸⁵ “Logremos una nueva dirección del movimiento obrero”. V Congreso Nacional del PRT-LV, 1970, pp. 9-10.

En la práctica, la relación del militante proletarizado con sus pares se produjo de dos modos paralelos. Por un lado, a partir del desarrollo de las tareas laborales propiamente dichas y, por otro, mediante la inserción en la sociabilidad obrera en el marco de las vivencias cotidianas que continuaban más allá de las relaciones existentes en el ámbito de trabajo. En lo pertinente al primer elemento, se imponía como línea la necesidad de una actitud de evidente esfuerzo y tenacidad en su práctica como un medio para alcanzar un respeto laboral que se convirtiera en el paso previo y necesario para la conversión del militante partidario en un referente político-sindical. Paralelamente, un modo de inserción fundamental recayó en la convivencia en aquellos espacios de sociabilidad existentes más allá de las relaciones entabladas al interior del espacio fabril. Ello fue posible a raíz de una coyuntura en la que, además de las horas de trabajo, la clase obrera compartía diversos espacios de recreación, distención o encuentro que, simultáneamente, eran un medio para forjar relaciones y, a partir de allí, pugnar por la politización de tal vínculo. Para el partido, existió un abanico de formas de relacionarse en el marco de diversas instancias colectivas. Eran frecuentes las actividades deportivas (como la organización de torneos de fútbol internos de secciones de una empresa o campeonatos entre diversas fábricas de una región), forjar relaciones en los tiempos de descanso en el marco de la propia jornada laboral en momentos tales como el desayuno o el almuerzo en los comedores de las plantas fabriles, o bien, aprovechar la sociabilidad que excedía los días laborales como, por ejemplo, la realización de salidas colectivas los fines de semana tales como el cine, los asados, los cumpleaños y los bautismos de los hijos de los obreros. En una misma línea, era habitual la colaboración de los militantes con los obreros en los días no laborables para la construcción de sus hogares. Esta práctica iba asociada, en ocasiones, con actividades pertinentes para un actor social cuyo entorno presentaba, en ciertas oportunidades, carencias estructurales como, por ejemplo, la realización de instancias de alfabetización del obrero o de sus familiares o la concreción de charlas explicativas sobre determinadas enfermedades, entre otros ejemplos.

Por último, una de las expresiones más acabadas de la proletarización recayó en una concepción que vislumbró que la inserción del militante en la clase obrera no solamente debía producirse en el marco de un ámbito fabril sino también en el espacio barrial y en la cotidianeidad social. En concordancia con ello, fue frecuente que el militante proletarizado modificara también la ubica-

ción geográfica de su lugar de vivienda para alcanzar una integración completa al espacio obrero. Existen experiencias paradigmáticas en este sentido como, por ejemplo, diversos estudiantes universitarios en los albores de recibirse que abandonaron sus estudios para forjar su ingreso a fábrica, o bien, migrar hacia el interior para posibilitar la apertura política del partido en un espacio no explorado. Cabría aquí el interrogante en torno a la existencia de una cierta tensión interna en la organización para conjugar la labor intelectual del militante con una evidentemente valorada praxis obrerista y sindical.

En un plano más teórico, un elemento de inserción ponderado por esta corriente recayó en el papel que podrían cumplir las consignas motorizadas por un partido revolucionario como medio de elevación del nivel de conciencia de la clase obrera. Éstas tenían como objetivo su capacidad de movilización de los trabajadores y, por ello, debían reflejar las necesidades y el nivel de conciencia existente en la clase en cada momento determinado (Moreno, 1989: 212-213). En este sentido, se propuso la elaboración de un programa de transición en las diversas fábricas o secciones en donde se encontrara inserto como un medio de organización del activismo y de la base fabril a partir de su propio nivel de conciencia y como modo de aglutinamiento de una vanguardia que, paulatinamente, pudiera ser organizada como oposición a las estructuras burocráticas existentes en cada espacio laboral⁸⁶. Esta estrategia era considerada elemental en su búsqueda de erigirse como dirección y obtener influencia y confianza entre las masas (Moreno, 1989: 214).

Vinculado a esta problemática, esta corriente utilizó dos conceptos para poner en práctica su estrategia discursiva de inserción en la clase obrera: la propaganda y la agitación. La primera de estas herramientas era identificada como la propiedad de una organización de brindar una elevada cantidad de ideas a un público reducido e incluía desde la formación para la propia militancia partidaria hasta las charlas individuales con el activismo obrero al que se le describía la situación nacional, internacional, el programa del partido o las diferencias con otras organizaciones revolucionarias (Moreno, 1989: 196). Uno de los principales ejemplos de propaganda sostenido por el PRT – LV recayó en la venta del periódico semanal partidario en las puertas de fábrica y en los barrios obreros y, simultáneamente, la edición de publicaciones par-

⁸⁶ “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales”. *Op. Cit.*, p. 8.

ticulares para determinadas ramas o sectores laborales como, por ejemplo, los trabajadores metalúrgicos o los empleados bancarios. La propaganda política era definida como un elemento determinante dado que, sin ella, el trabajador tendría como principal objetivo la concreción de triunfos sindicales y, en caso de no lograrlos, experimentar una desmoralización y derrotismo⁸⁷. Por su parte, la agitación era la capacidad de levantar unas pocas consignas (o bien, una sola) que dieran una salida para la lucha que el movimiento obrero tuviera planteada en un momento determinado. Esta herramienta se materializó a través de volantes, pintadas o, en el marco de concentraciones de masas, mediante el uso de la palabra⁸⁸. Al mismo tiempo, fue un método sostenido como un medio de interpelación a la clase obrera al presentarle determinadas contradicciones existentes ya sea con el Estado, con las patronales, o bien, con sus conducciones sindicales burocratizadas.

La inserción partidaria en un ámbito laboral y el posterior proceso de captación de la vanguardia conllevó diversos momentos de tensión. El primero de ellos recayó en el inicio de la actividad político-sindical por parte del militante proletarizado con la necesidad de minimizar los riesgos de la exposición dada una coyuntura represiva imperante que obligó a prácticas de índole clandestinas. La colocación de volantes en lugares estratégicos de las plantas fabriles a disposición de sus trabajadores o, una vez entablado un diálogo político, el reparto del periódico partidario a partir de métodos solapados son algunos ejemplos de las prácticas utilizadas hasta el inicio del proceso de semilegalidad y la transición hacia la democracia. La otra tensión existió una vez forjado un vínculo político e iniciarse una nueva etapa consistente en que los contactos obreros conocieran la dinámica partidaria y sus aspectos programáticos. Este proceso de captación se desarrolló de diversos modos entre los que se destacó una combinación de la sociabilidad (ya existente) con la búsqueda de la formación y la propaganda política hacia el contacto logrado. Así, una estrategia consistió en la realización de plenarios de larga duración en los que no sólo se invitaba al obrero recientemente incorporado (o en vías de hacerlo) sino también a su familia y en los que se practicaban actividades de índoles recreativas

⁸⁷ “La revolución latinoamericana, Argentina y nuestras tareas”. IV Congreso Nacional del PRT-LV, 1968, p. 27.

⁸⁸ “Sobre agitación y propaganda (para BI)”. Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1969, p. 1.

además de las políticas. El acercamiento partidario a la estructura familiar era un elemento ponderado dado que el ingreso a una organización revolucionaria por parte del obrero conllevaba una alteración de su dinámica doméstica que, a partir de estas prácticas, se buscaba minimizar en su impacto. Por su parte, con aquellos contactos férreos, la principal estrategia recayó en la utilización de la formación política alrededor de variadas temáticas. Generalmente, el punto de partida consistió en charlas o cursos sobre problemáticas específicas (por ejemplo, sindicales) y, a partir de tal experiencia, se buscaba profundizar el contenido político y las temáticas a abordar.

III

Un eje central para la inserción del PRT – LV en la vanguardia obrera recayó en la política adoptada por la organización en los momentos de conflictividad de un espacio fabril o laboral determinado. El compromiso de su militancia con los conflictos acaecidos y la participación para que ellos desembocaran en soluciones favorables para sus trabajadores fueron elementos fundamentales de su concepción. Ante un reclamo laboral, este partido desarrolló dos variantes. La primera de ellas consistió en la participación en aquellos conflictos en espacios en donde esta corriente no poseía una ligazón política preexistente. Del relevo y contraste de testimonios se desprende una metodología aplicada esquemáticamente: la concurrencia de los militantes a dicho espacio para acercar la solidaridad de la organización con los trabajadores y, al mismo tiempo, ponerse a disposición de éstos para las diversas tareas necesarias para el sostenimiento de su lucha. Una vez entablado un vínculo, el papel del partido consistió en la puesta en práctica de iniciativas que se les proponían a los obreros en lucha tales como el desarrollo de colectas en otras fábricas y en el movimiento estudiantil, la invitación a sus trabajadores a recorrer otros ámbitos laborales en los que el partido poseía un peso sindical, ofrecerles la impresión de un volante que narrara las causantes de tal conflicto y sus reivindicaciones, entre otras variantes que se combinaron.

La segunda alternativa de participación en los conflictos se produjo en aquellos ámbitos en los que este partido ya poseía una inserción política de su militancia y que, al momento de producirse una problemática laboral, se erigió como la dirección de tal proceso de lucha. Para ello, una herramienta que esta organización buscó construir en cada espacio laboral fueron las denominadas

tendencias sindicales. Se trató del objetivo de conformar agrupaciones que, siendo dirigidas por esta corriente, tuvieran una composición más amplia que los miembros de este partido. Junto a la militancia del PRT - LV, en tales agrupamientos coexistían diversos componentes que, en el plano sindical, actuaban conjuntamente con esta corriente como, por ejemplo, activistas que no pretendían una militancia partidaria u obreros provenientes del peronismo que rechazaban a sus cúpulas sindicales burocratizadas y encontraban en estas tendencias un espacio de participación más allá de las diferencias políticas. Ello le permitió al PRT – LV profundizar el proceso de captación política fabril dado que, a partir de un trabajo conjunto en el plano sindical en el marco de una misma agrupación, se profundizaba una relación que podía desembocar en la transición de un vínculo gremial a una participación partidaria. En la medida en que la coyuntura política expresó un reanimamiento de la clase obrera con la paulatina crisis del régimen militar, el impulso a las tendencias sindicales se profundizó dado que, para este partido, las luchas obreras y el cambio en la conciencia ocasionaría que la nueva vanguardia tendiera a acudir a dichos agrupamientos como una forma de disputa con sus direcciones sindicales y fabriles burocratizadas. Entre las agrupaciones dirigidas por esta corriente se destacó la Tendencia Avanzada de Mecánica (TAM), que se desenvolvía al interior del gremio SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor) en el que el PRT – LV tuvo un peso político a partir de la dirección de las comisiones internas de Citroën y Chrysler. Otra tendencia importante fue Avanzada Bancaria, a partir de la inserción en el gremio bancario lograda tras la conquista de la comisión interna del Banco Nación. Como ejemplos más secundarios, este partido impulsó agrupamientos como Resistencia Metalúrgica, El Activista de la Carne, Avanzada Textil Petroquímica y Avanzada del Seguro, entre otras.

Paralelamente, la metodología de construcción central recayó en los intentos de conquista de los organismos de lucha que los propios trabajadores forjaban tales como las comisiones internas y los cuerpos de delegados y el sostenimiento en ellos de las reivindicaciones transicionales capaces de colaborar con la radicalización de los posicionamientos políticos de los trabajadores y de elevar sus formas de luchas para, simultáneamente, erigirse como la dirección reconocida en los conflictos que se sucedieran. De esta premisa se desprendía la doble importancia de, por un lado, disputar a las estructuras sindicales burocratizadas los organismos de representación gremial y, al mismo tiempo, dar

forma a un programa de transición en cada ámbito de trabajo que permitiera elevar el nivel de conciencia de sus trabajadores.

De los diversos ámbitos en los que el PRT – LV logró un peso político, el ejemplo más relevante recayó en la industria automotriz, particularmente en las plantas de Citroën (ubicada en el barrio de Barracas en Capital Federal) y de Chrysler (en San Justo). La búsqueda de inserción en este rubro no fue fortuita. Su desarrollo se debió a la caracterización que esta corriente esgrimió sobre los trabajadores de este sector a quienes identificó como la vanguardia del movimiento obrero argentino. Ello se debía a que las plantas automotrices se convirtieron en grandes industrias capitalistas, mayoritariamente de capital extranjero, con modernas tecnologías al servicio de una producción masiva lo que obligaba a que importantes núcleos de obreros realizaran tareas especializadas con un nivel de cualificación elevado y una alta concentración de trabajadores por unidad de producción. Por otra parte, otra característica de la industria automotriz recaía en la negociación de convenios colectivos de trabajo por fábrica y no de conjunto lo que redundó en un ambiguo resultado: por un lado, dificultaba la puesta en práctica de acciones colectivas de los empleados y fragmentaba los conflictos pero, al mismo tiempo, obligaba al activismo de cada unidad de producción a encarar sus problemas sindicales de forma directa y ello permitía la adquisición de una rápida experiencia de enfrentamiento con sus respectivas patronales.

En el caso de Citroën, el PRT – LV fue mayoría tanto de su Comisión Interna como del Cuerpo de Delegados entre los años 1968 y 1969 mientras que, entre 1970 y 1971, este partido controló los órganos de dirección de la planta de Chrysler. Su presencia como principal dirección sindical de estas plantas se manifestó en diversos elementos. En primer lugar, en la puesta en práctica de una metodología de conducción, antagónica a la desarrollada por las direcciones burocráticas preexistentes, que tendió a fomentar instancias democráticas de participación y decisión del conjunto tales como, por ejemplo, la frecuente realización de asambleas, las constantes reuniones de delegados de las secciones o de la Comisión Interna, el contacto cotidiano con los trabajadores y la continuidad de las funciones laborales por parte de quienes ocupaban las representaciones gremiales de modo tal de no percibirse una brecha entre la dirección y la base.

Otro elemento distintivo recayó en la defensa de las reivindicaciones pre-

sentes entre los trabajadores aunque éstas fueran vislumbradas como mínimas e insuficientes en sus objetivos. En el caso de Citroën, entre 1968 y 1969, sus órganos de representación gremial impulsaron un notorio número de conflictos parciales como el quite de colaboración por el reclamo del cobro de un medio aguinaldo más, o bien, una lucha sostenida a partir de un episodio de insalubridad en el comedor de la planta tras servirse un almuerzo en mal estado lo que derivó en un reclamo que culminó con la obtención de una comisión de control obrero del alimento⁸⁹. También se experimentaron conflictos de corta duración como un paro de quince minutos por la amonestación a cinco trabajadores que llegaron tarde por donar sangre⁹⁰, o bien, medidas más álgidas como el cese de actividades, la conformación de un fondo de huelga y la organización de piquetes en puerta de fábrica ante el despido de trabajadores⁹¹. En Chrysler también abundaron los conflictos parciales como, por ejemplo, en oposición al aumento de los tiempos de producción o el freno de las actividades ante los desperfectos mecánicos que redundaban en condiciones de trabajo inseguras para los operarios⁹². Se desprenden de estos hechos dos elementos. Por un lado, más allá de tratarse de conflictos por reivindicaciones mínimas, el sostenimiento de tales exigencias por parte de la dirección gremial y la obtención de tales triunfos, le permitió al PRT – LV consolidarse como una representación reconocida y sostenida por las bases de las plantas. Por otro lado, más allá de tratarse de exigencias elementales, la aplicación de metodologías tales como el quite de colaboración o las huelgas de corta duración, se convirtieron en un cúmulo de experiencia para una clase obrera que, posteriormente, protagonizaría conflictos de mayor envergadura. En lo respectivo a Chrysler, además del sostén de conflictos parciales, un rasgo distintivo de su conducción gremial recayó en los intentos de forjar una mayor politización de sus trabajadores mediante la realización de cursos de formación política y la discusión en los espacios asamblearios de temáticas que excedían a la empresa (tales como los cambios políticos en la coyuntura nacio-

⁸⁹ Entrevista a Orlando Mattolini hecha por el autor, agosto de 2013.

⁹⁰ “Citroën: importante triunfo que abre grandes perspectivas”. En: *La Verdad. Boletín de informaciones obreras*. Nº 165, 16 de diciembre de 1968, p. 3.

⁹¹ “Citroën: la patronal comienza a retroceder”. En: *La Verdad. Boletín de informaciones obreras*. Nº 155, 7 de octubre de 1968, p. 2.

⁹² “Convertir el revés en victoria”. En: *Revista Cristianismo y Revolución*. Nº 30, Septiembre de 1971, p. 6.

nal o el apoyo a los conflictos de otras unidades de producción).

En lo pertinente a Citroën, la huelga de febrero 1969 acaecida a partir del despido de un elevado número de activistas y representantes gremiales de la planta que dio inicio a una lucha iniciada por los trabajadores carentes de apoyo del sindicato SMATA que, tras cuarenta días de huelga, impuso una conciliación obligatoria, fue un elemento que golpeó con dureza la inserción del PRT – LV en este espacio. En cuanto a Chrysler, la huelga de larga duración sucedida en 1971 en el marco de la discusión salarial redundó en el aislamiento de esta planta y en el despido de un porcentaje elevado de su activismo. La aplicación de metodologías tales como el boletín de huelga diario, el fondo de huelga y la organización de piquetes en puerta de fábrica no alcanzaron para evitar una ofensiva empresarial expresada principalmente en despidos y ello derivó en una merma de la influencia de esta corriente. Dentro de este mismo rubro, aunque en menor medida, este partido tuvo inserción militante en Mercedes Benz (en donde integró la Comisión Interna y el Cuerpo de Delegados), Peugeot y General Motors y, paralelamente, forjó contactos en Good Year, Eaton Ejes, Deca, Borward y FAE.

Otro espacio de inserción destacado del PRT – LV recayó en la representación sindical del Banco Nación entre 1969 y 1972. Si bien el empleado bancario era un sujeto social con características diferentes al proletariado industrial, fue ponderado por este partido porque reflejaba un sector históricamente combativo y, al mismo tiempo, una expresión de los sectores pequeño-burgueses de la sociedad que experimentaban un proceso de radicalización ideológica. A partir de la agrupación Avanzada Bancaria, esta corriente formó parte de los organismos gremiales de este espacio y protagonizó conflictos como la lucha de 1969 que desembocó en un contundente aumento salarial, o bien, como en los casos anteriores, la defensa de reivindicaciones mínimas como las mejoras en las condiciones de trabajo, el rechazo a los traslados de trabajadores a sucursales geográficamente lejanas y la oposición a la instalación de cámaras de televisión para supervisar a los empleados. Paralelamente, pugnó por la politización de sus trabajadores del banco mediante la incorporación de temáticas que excedían las problemáticas diarias tales como, por ejemplo, la discusión en torno a la autarquía financiera o la defensa de la entidad ante las pretensiones de incorporación de los grandes grupos económicos internacionales. Si bien la influencia en el Banco Nación no cesó, ella mermó desde 1972 a partir de un

notorio crecimiento la Juventud Trabajadora Peronista en su seno y su política de desplazamiento de la conducción trotskista existente.

Más allá de estos ejemplos, el PRT – LV desarrolló su militancia obrera en un variado abanico de rubros y espacios laborales de distintas regiones. Tras la ruptura de 1968, su principal fortaleza recayó en Capital Federal y en el Gran Buenos Aires donde, además de su inserción en el gremio automotriz y en el bancario, tuvo militancia en el sector metalúrgico, un rubro en crecimiento a partir de su vinculación con la industria automotriz y con el crecimiento del consumo de electrodomésticos. En estas zonas, existió también, en menor medida, inserción entre los empleados gráficos, textiles y estatales. Otra región de peso para el derrotero de esta corriente fue La Plata, Berisso y Ensenada donde tuvo participación en la industria de la carne, principalmente en los frigoríficos Armour-Swift y en la industria textil, particularmente en Petroquímica.

IV

El análisis en torno al grado de inserción del PRT – LV en la clase obrera posibilita esbozar algunas reflexiones que exceden los aspectos cuantitativos de esa influencia. La militancia de esta organización en el movimiento obrero y en sus organismos de lucha permite profundizar la reflexión sobre la coyuntura política existente a partir de la radicalización de los años 1968 y 1969. Puede afirmarse que la prédica y el tipo de participación de esta corriente en la clase obrera dan cuenta de una tendencia existente dentro de su misma vanguardia que se encontraba cercana e influenciada por aquellos valores y concepciones propias de una retórica clasista tales como el anticapitalismo, el insurreccionalismo o la necesidad de una ruptura con las construcciones sindicales burocratizadas existentes a partir de la puesta en práctica de la democracia obrera como metodología de participación. A partir de tales concepciones, el PRT – LV entroncó su ideario con parte de una vanguardia que, al compartir tales premisas, se diferenció de otras tendencias también existentes en su seno tales como el peronismo, el reformismo o las organizaciones armadas. Puede argüirse entonces la existencia de una retroalimentación entre esta organización y parte de un activismo obrero al que influyó y del que se nutrió en estos años.

Desde el punto de vista interno, se desprende del análisis documental partidario que el proceso de proletarianización de sus cuadros fue desarrollado como una política natural por parte de sus miembros. La principal discusión acaecida

en el seno del PRT – LV recayó en la dificultad existente, en determinadas oportunidades, de lograr que las numerosas relaciones sindicales forjadas en los ámbitos laborales, la participación en los organismos de dirección gremiales y la inserción en los conflictos se transformaran, a su vez, en vínculos políticos y, a partir ello, la posibilidad de un crecimiento cuantitativo del partido a partir de la captación en la vanguardia del movimiento obrero.

La percepción de este límite llevó a la dirección partidaria a alertar sobre el peligro de una desviación sindicalista que debía encauzarse entendiéndose por ella el error de vislumbrarse dentro de la organización una separación, de hecho, entre los militantes sindicales y los políticos⁹³. Se evidencia en esta tensión un obstáculo del proceso de proletarización que recayó en una asimilación y adaptación del militante a una labor sindical y a una vanguardia obrera en ciernes que hacía peligrar el objetivo de politización de esta estrategia. El mayor ejemplo de ello lo evidencia la existencia de diversos ámbitos laborales en los que el PRT – LV tuvo un peso sindical (e incluso un rol de dirección) pero sin lograr aumentar su número de militantes partidarios en tal espacio. Como resolución de esta problemática, la dirección partidaria reorientó su estrategia de inserción en la clase obrera mediante una búsqueda de politización del trabajo sindical a través métodos tales como el desarrollo de campañas políticas, la venta masiva del periódico partidario y los cursos de formación teórica⁹⁴. En cualquier caso, e independientemente de su alcance, abordar la proletarización del PRT – LV, permite diversas reflexiones en torno a las dificultades y características que atravesaba una organización revolucionaria que, en el contexto de finales de los años sesenta y principios de los setenta, pugnaba desarrollar una política de inserción en la clase obrera y erigirse como su dirección.

⁹³ “Informe de actividades”. VI Congreso Nacional del PRT-LV, Septiembre de 1971, p. 2.

⁹⁴ “Algunos graves problemas organizativos”. Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1970, p. 2.

Bibliografía

- González, Ernesto (Comp.) (1999), El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 3: *Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana, Volumen 2* (1963-1969), Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Mangiantini, Martín (2012), “*La polémica Moreno – Santucho. La lucha armada y la ruptura del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)*”, *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, Vol. 9, No 3, pp.41-66.
- Moreno, Nahuel (1964), *Dos Métodos frente a la revolución latinoamericana. ¿Lucha guerrillera o lucha obrera y de masas?*, Buenos Aires: s/e.
- (1973), *Argentina y Bolivia: Un balance*, s/l: s/e.
- (1989), *Un documento escandaloso* (En respuesta a ‘En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional’ de Ernest Germain), Buenos Aires: Ediciones Antídoto.
- (1997), *Después del Cordobazo*, Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Santucho, M, Prada, O y Prieto, H. (1968) “El único camino hacia el poder obrero y el socialismo”, en Daniel De Santis (1998), *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos*. Tomo 1, Buenos Aires: EUDEBA.